

SALMO DESDE LA INVITACIÓN AL SEGUIMIENTO

He escuchado tu Palabra, Señor,
que me insiste continuamente en la necesidad de amar.
He visto también tu ejemplo
que me anima a dar el paso que me pides.

Tu palabra es radical; pides todo del hombre.
No te contentas con medias tintas,
porque bien sabes que quien no acaba entregándose por entero
está jugando muchas veces contigo.

Tu palabra es clara:
Amar a Dios
y al prójimo como a uno mismo.
Señor, ¡qué cosa tan difícil me pides!
¡Cuántos miedos tendré que superar
si quiero hacer vida en mí tu Palabra!

Sí, Señor, mis miedos son mis grandes obstáculos;
miedo a tener que compartir cosas que deseo;
miedo a tener que perdonar incluso a mi enemigo;
miedo a cambiar esta vida tan cómoda
por una más desinstalada
en donde mi confianza esté puesta solamente en Ti.

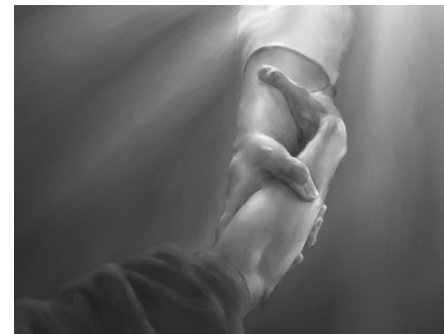
Por eso, Señor, dame la gracia para hacer todo aquello que me
pides;
para confiar en ti antes que en mis propias fuerzas;
para convencerme plenamente de que tu proyecto

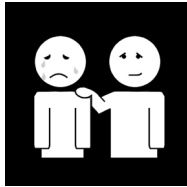
me conducirá a la plenitud de mi vida.

Ayúdame, no me abandones,
porque yo puedo fallarme a mí mismo
pero tú nunca me fallarás;
porque yo puedo desilusionarme
pero tú siempre me animarás.

Porque yo puedo caer en la tentación de “tirar la toalla”,
pero confiando en Ti y en tu fuerza
tengo la seguridad de que el camino será más fácil.

Ayúdame...
Ábreme los ojos para ver lo que me pides;
ábreme los oídos para que escuche tu palabra;
habita en mi corazón para llenarme de tu amor,
porque el amor debe ser la raíz de toda mi vida.
Sólo así tendrá sentido y podré sentirme cada vez más cerca de
Ti,
porque tú eres el Amor.



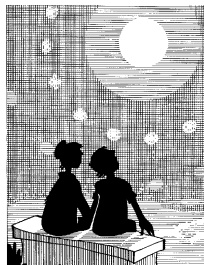


ORACIÓN DE LA SENCILLEZ

Señor,
haz de mí un instrumento de tu paz.

Donde haya odio, ponga yo amor;
donde haya ofensa, ponga yo perdón;
donde haya discordia, ponga yo armonía;
donde haya error, ponga yo verdad;
donde haya duda, ponga yo fe;
donde haya desesperación, ponga yo esperanza;
donde haya tinieblas, ponga yo luz;
donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Que no me empeñe tanto
en ser consolado, como en consolar;
en ser comprendido, como en comprender;
en ser amado, como en amar;
porque dando es como se recibe;
olvidándose de sí mismo, es como se encuentra a sí mismo;
perdonando, se es perdonado;
muriendo, se resucita a la Vida.



¡vive desde el Amor!



Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos; lo desnudaron, lo molieron a palos y se marcharon dejándolo medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, le dio lástima; se acercó a él y le vendó las heridas echándole aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó cuarenta duros y, dándoselos al posadero, le dijo: “Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta” (Lc 10, 30-36).